

**MARTA RIVERA
DE LA CRUZ**

Tristezas de amor

libr-e

TRISTEZAS DE AMOR

Marta Rivera de la Cruz

TRISTEZAS DE AMOR

LAS PASIONES FRUSTRADAS
DE PERSONAJES INOLVIDABLES

Marta Rivera de la Cruz nació en Lugo en 1970. Es licenciada en Ciencias de la Información y Especialista en Comunicación Política por la Universidad Complutense de Madrid.

En 1998 obtuvo el premio Ateneo Joven de Sevilla por la novela *Que veinte años no es nada*, que se convirtió en un éxito de crítica y público y de la que se han hecho siete ediciones. Más adelante publicó *El inventor de historias* (Plaza y Janés) y *Hotel Almirante* (Espasa), además de los ensayos *Fiestas que hicieron historia*, *Tristezas de amor* y *Grandes de España*.

En 2006 fue finalista del Premio Planeta con la novela *En tiempo de prodigios*. Desde entonces y hasta ahora el libro ha conocido sucesivas ediciones, siendo la última de enero de 2012.

En 2009 publicó *La importancia de las cosas* (Planeta) y en 2011 *La vida después* (Planeta). Ha publicado también dos novelas juveniles: *Otra vida para Cristina* (Anaya) y *Sombras* (Destino), y la novela infantil *La primera tarde después de Navidad*, con la que obtuvo el Premio Anaya de Literatura Infantil.

Como editora, ha sido responsable de la última edición de *La ciudad de las columnas*, de Alejo Carpentier, de la antología *Cuentos clásicos de Navidad* y

del volumen *18 cuentos móviles*, en colaboración con Fernando Marías.

Marta Rivera de la Cruz es colaboradora de los programas de radio *La linterna* (COPE) y *Afectos en la noche* (RNE), de la tertulia política de *Las mañanas de Cuatro* y de medios escritos como *El País Semanal*. En 2008 obtuvo el Premio de periodismo Puro Cora.

Leer-e

Colección: libr-e

Directores de Colección: Martín Casariego y Marta Rivera de la Cruz

Diseño de colección: ZAC diseño gráfico

Maqueta de cubierta: ZAC diseño gráfico

© Leer-e 2006 S. L.

© Marta Rivera de la Cruz, 2003

ISBN: 978-84-15370-78-9

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Leer-e 2006 S.L

Monasterio de Irache 74, Trasera, 31011 - Pamplona

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. LÁGRIMAS REALES

Tristezas de los Borbones: ¿Dónde vas, Alfonso XII?

Los Windsor también lloran

Lágrimas imperiales

El amor imposible de Rainiero de Mónaco... y otras tristezas en el Principado

La princesa está triste

El príncipe que supo esperar

2. CUANDO LLORAN LAS DIOSAS

Llorar por un mocoso: las primeras lágrimas de Ava Gardner

¿Qué fue de Norma Jean?

Otro golpe para Gilda: el pobre corazón de Rita Hayworth

Los ojos empañados de Bette Davis

Llorar a los veinte años

3. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Cuando llora una reina (de Inglaterra).

Rhett Butler también lloró: los viudos de Hollywood

A las chicas les sienta bien el luto: una viuda de película

La soledad en el otoño: Severo Ochoa y Carmen Cobián

4. SOMBRAS EN EL PARAÍSO

El Príncipe «coronado»

Grace y Rainiero: las heridas del cisne

Algo más que violines: Lauren Bacall, Humphrey Bogart... y Frankie Sinatra

Memorias de África: toda la verdad sobre el señor Finch

5. TAN LISTOS Y TAN TRISTES

El misterioso caso de la señora Christie

La frustración amorosa de monsieur Verne

Matar a un ruiseñor: Callas y Onassis

La novia epistolar de Juan Ramón Jiménez

Lágrimas de Chanel

«Nadie pierde sino lo que no tiene»: la tristeza de Borges

6. MORIR POR AMOR

Cuando el dinero no basta

Por amor a Zenobia: el llanto del premio Nobel

La muerte de una artista: Marga Gil Roesset

Un tiro frente al espejo: los dos amores de Larra

El triste final de Charles Boyer

7. AMAR A QUIEN NO ES FIEL

Los amores platónicos de Mr. Hitchcock

You are the one: el amor eterno de Linda Porter...

Se fue con el viento: Laurence Olivier y Vivien Leigh

El tiempo pasará: todas las lágrimas de Ingrid Bergman

8. EPÍLOGO: UNA HISTORIA SINGULAR

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE ONOMÁSTICO

*A mis amigas: Anita, Mamen, Bea, Susana, María, Juana,
Sonia y Úrsula, tras compartir las Tristezas
de Amor*

INTRODUCCIÓN

Qué creen ustedes que pueden tener en común Rita Hayworth, Jorge Luis Borges, Coco Chanel y Rainiero de Mónaco? ¿O Bette Davis, Colé Porter y Margarita de Inglaterra? Pues que todos, sin excepción, sufrieron y lloraron por culpa del amor contrariado. La tristeza de amor parece ser un mal universal cuya vacuna no se conoce y del que muy pocos están completamente a salvo. A lo largo de estas páginas aparecerán mujeres hermosas a las que no correspondieron los hombres a los que amaban, hombres poderosos incapaces de hacerse querer, personas de inteligencia privilegiada que no supieron encontrar la fórmula mágica para poner en orden el corazón.

Los protagonistas de este libro son de carne y hueso, muchos de ellos símbolos de una época o mitos de generaciones enteras, que triunfaron en la vida y, sin embargo, no hicieron otra cosa que arrastrar fracasos en el terreno sentimental. Todos quisieron demasiado, o quisieron mal, o no quisieron lo suficiente, o quisieron a la persona equivocada, o amaron a alguien más allá de la vida, de forma que la muerte de la persona querida marcó para siempre el resto de su existencia.

Ultimamente se ha puesto de moda hablar de inteligencia emocional, de amor inteligente, de la posibilidad de controlar y dirigir los sentimientos para estabilizar nuestra

vida. No soy capaz de elaborar una teoría que eche por tierra las de los nuevos gurús que aseguran que uno puede dominar las emociones y llevarlas en la dirección correcta, pero mientras escribía este libro he pensado muchas veces que el corazón y el cerebro son dos órganos tan independientes que hasta podríamos creer que gustan de enfrentarse y disfrutan funcionando cada uno a su manera.

Hace tiempo escuché una frase: todas las historias de amor acaban mal, porque todas las historias de amor acaban. No puedo recordar quién la dijo, y lo lamento. Porque seguramente fue esa frase el comienzo de este libro.

1

LÁGRIMAS REALES

TRISTEZAS DE LOS BORBONES: ¿DÓNDE
VAS, ALFONSO XII?

En la Casa de Borbón también hubo tristezas de amor, y algunas muy recientes. Todavía nos preguntamos si la ruptura entre el Príncipe de Asturias y la modelo noruega Eva Sannum vino dada por razones personales o por presiones de Estado. Muchos años antes, siendo aún un adolescente, el rey Juan Carlos vio cómo desde las más altas jerarquías del país se le instaba a terminar el amor de juventud que mantenía con la guapa princesa italiana María Gabriela de Saboya. Al parecer, la joven no era del agrado de Franco: demasiado moderna, y para colmo, hija de un masón. El príncipe estudiaba en la Academia Militar de Zaragoza cuando se le pidió incluso que quitase de la mesilla de noche una foto que María Gabriela le había regalado... Aquel fue un romance juvenil que nuestro rey no tardó en superar. Otros Borbones sufrieron más que él. Sobre todo sus dos bisabuelos, los reyes de España Alfonso XII y María Cristina de Habsburgo. A cada uno le llegó, por distintos caminos, su tristeza de amor.

Alfonso XII se había casado con su prima, María de las Mercedes de Orleans y Borbón, el 23 de enero de 1878. él tenía veintiún años; ella, dieciocho. La certeza de que el suyo no era un matrimonio de Estado hizo que la boda contase con un gran apoyo popular. En los días del enlace corrían por Madrid unas letrillas apócrifas: «Quieren hoy con más delirio / a su rey los españoles / pues por amor se ha casado / como se casan los pobres».

En efecto, el rey se casaba muy enamorado de Mercedes, aunque eso no había sido obstáculo para que durante su noviazgo (algunos historiadores aseguran que también durante su fugaz matrimonio) conservase algunas amantes de ocasión, generalmente actrices y cantantes de moda. De una sexualidad desbordante, acentuada por su tuberculosis, el rey era muy aficionado a salir de incógnito por las tabernas y figones madrileños y, a veces, acababa la noche en una cama que no era la de su habitación en el Palacio Real.

El matrimonio con Mercedes duró poco: exactamente, ciento cincuenta y cuatro días. El 26 de junio de 1878, la joven muere víctima de fiebres tifoideas, contraídas según parece en el sevillano palacio de San Telmo, residencia de sus padres, donde las aguas estaban contaminadas. La muerte de Mercedes volvió al rey loco de dolor. La infanta doña Eulalia, hermana del monarca, nos cuenta en sus memorias cómo Alfonso XII pasaba horas enteras llorando en la capilla de El Escorial donde estaba enterrada la reina. Según doña Eulalia, el rey nunca se recuperó: «Para Alfonso —escribe— la muerte de Mercedes constituyó un golpe terrible del que se resintió su corazón toda la vida [...] Desde entonces cambió el carácter de mi hermano y adquirió la falsa alegría de quienes ocultan una tristeza». La familia del rey, de su madre a sus hermanas, estaba en verdad preocupada por la depresión de Alfonso XII, que amenazaba su estabilidad mental y, con ella, la buena marcha del país. Desde el entorno de Palacio, los más cercanos al rey estu-

vieron de acuerdo en que había que sacar a Su Majestad de su postración.

El destino se puso de su parte. Por aquellos días se estrenaba en el Teatro Real la ópera *La Favorita*, de Donizetti. A la cabeza del elenco estaban el reputado tenor Julián Gayarre y una vieja amiga del rey: la cantante Elena Sanz. Alfonso XII y ella se habían conocido en unas circunstancias muy especiales. Siendo el rey un muchacho, se encontraba estudiando en Viena, en el Instituto Theresianum. Era entonces cuando Alfonso empezaba a suspirar por su prima María de las Mercedes, hija del encarnizado enemigo de su madre, el duque de Montpensier. Isabel II pensó que su hijo olvidaría fácilmente a Mercedes si se cruzaba en su camino una mujer hecha y derecha capaz de darle algunas lecciones sobre la vida. Y pidió a Elena, a la que había conocido en París, que visitase a su hijo en la Academia. Ella, que ya entonces triunfaba en los escenarios europeos junto a la gran Adelina Patti, se avino a visitar al príncipe, quien enseguida se rindió a su experiencia (le llevaba trece años) y a su belleza. En contra de los planes de Isabel II, Alfonso no olvidó a Mercedes, pero su romance con Elena Sanz le dejó una honda impresión. Tanto, que es razonable pensar que tuvieron alguna cita galante aun en vida de Mercedes. Era un buen momento para hacer que el rey retomase aquellas aventuras. De haber podido prever lo que pasaría entre Elena y el monarca, es muy posible que don Antonio Cánovas, presidente del Gobierno, no hubiese aplaudido tanto la idea de provocar un encuentro entre los antiguos amantes.

Alfonso XII y Elena reiniciaron enseguida la relación comenzada en Viena. El rey parecía revivir, y el pueblo, que conocía el idilio, nunca lo desaprobó. Cualquier cosa era preferible a que don Alfonso se muriera de pena. Y mientras el rey reincidía en salidas nocturnas y ampliaba su nómina de amantes, desde Palacio se empezó a preparar para él un segundo matrimonio. Alfonso XII supo que, después